

verdadera libertad segun su programa mas extenso, ningun gobierno y en ninguno de los Estados se habria atrevido ni aun á pensar los ataques y las invasiones injustificables que sufren los derechos, la fe y las personas de los ciudadanos de parte de la autoridad en la Nueva Granada. El menor de los atentados de que han sido víctimas el arzobispo de Bogotá y algunos otros obispos católicos, habria conmovido en Norte-América á todos sin excepcion de culto ni de creencia, y los magistrados que en ellos ejercian el poder con despotismo injustificable, habrian sido arrastrados por todos los hombres de bien á dar cuenta de su conducta funcionaria, sentados en el banco de los acusados. Las leyes se les habrian aplicado con toda su justa severidad, y su audacia habria quedado escarmentada para contener los avances de otros que podrian intentar marchar en lo sucesivo por sus mismas huellas. Pero, en la Nueva Granada, los ciudadanos han visto sin conmoverse á las cámaras representativas dando leyes para modificar las creencias de los católicos. Los que han tenido valor suficiente para oponerse á esas leyes tiránicas han tenido que dejar el país para sufrir en países extraños las amarguras del destierro. La nacion ve y siente todo esto, pero calla y sufre sin tener la energía suficiente para poner límites á los excesos del despotismo de sus mandatarios (1). » Esto mismo repitieron los diarios y esta misma era la expresion de todos los americanos para quienes la libertad no es un fantasma, ni sus derechos meras teorías

(1) Manifestacion de los católicos de Nueva York al arzobispo de Bogotá.

que jamas llegarán á realizarse. Pero no pensaban así los prohombres del gobierno granadino, cuya conducta excitaba en todos los Estados libres de América una justa indignacion. La influencia de esta bastaria en los países libres para hacer descender de sus puestos á los ministros de gobierno y á cuantos funcionarios en ellos intervenian; mas esto no sucederá en las repúblicas hispano-americanas donde para gobernar no se necesita de la opinion pública, ni de prestigio entre sus conciudadanos, ni ménos entre los extranjeros; los actos mas despóticos pueden allí cometerse sin temor de resultados funestos para quien los realiza, y aun cuando las mas graves injusticias se sucedan hiriendo á los ciudadanos, esto no será motivo para que los gobernantes arrancados de sus puestos por la fuerza de la opinion sean arrastrados á juicio y reciban la pena que merecen su arbitrariedad y sus manejos vedados. ¡Y son repúblicas, sin embargo, los Estados donde esto sucede! ¡Y los hombres que las gobiernan se dicen tambien republicanos, liberales y demócratas! El mundo está lleno de equívocos de esta naturaleza que intrigan y confunden á quien con calma se dedica á contemplar la marcha de los pueblos. ¡Ojalá podamos ver alguna vez todas las cosas con su verdadera fisonomía!

El arzobispo de Bogotá servia de obstáculo á la elevacion de algunos, que con su ausencia creyeron ver abrirse la puerta á la satisfaccion de sus aspiraciones. Por eso, no bien se alejaba aquel de Bogotá, cuando se promovian cuestiones sobre la jurisdiccion que ejercian sus vicarios delegados para el gobierno de la diócesis.



La prensa ministerial, los agentes del poder ejecutivo y los hombres que formaban el círculo del gobierno querían que se despojase á aquellos del ejercicio de su autoridad; querían que un poder ilegítimo é intruso reemplazase el del pastor que puso el Espíritu Santo para apacentar su grey, y querían también que la conciencia de los fieles fuese sometida por una orden del gobierno á aceptar como prelados á individuos que la opinión de los creyentes señalaba como herejes y cismáticos.

Empero, el formal y explícito desconocimiento de la autoridad del arzobispo proscrito y de los vicarios que de acuerdo con los cánones dejó nombrados para gobernar su diócesis, y el nombramiento de otro sacerdote, acaso refractario y cismático, por quien ninguna facultad tenía para hacerlo, era un verdadero cisma. La conciencia católica lo creyó así, y todos sus defensores así también lo publicaron arrancando la máscara á los que, aparentando celo y religión, procuraban degradar á la casta esposa del Verbo divino y saciar su orgullo, su vanidad y loca presunción, aun cuando fuese á precio de la fe. La resolución enérgica del clero y las protestas de todos los verdaderos católicos de no someterse á ningún intruso que con osadía escalase los muros del aprisco para apoderarse del cayado pastoral y matar con los golpes de este á las ovejas que Jesús no le confió, evitaron en esta ocasión el cisma á que el gobierno impulsaba á la Iglesia granadina. ¡Pueda este ejemplo de firmeza servir de lección en casos semejantes! Los capítulos eclesiásticos están obligados bajo una tremenda responsabilidad ante Dios, de quien los cismáticos se burlan, y ante los hom-

bres cuyas creencias desprecian, á no desconocer la sagrada autoridad del prelado, á respetar las leyes de la Iglesia, á no exceder los límites de sus facultades, á no abrir camino á los horrores del cisma y á no sacrificar jamás por diabólicas sugerencias los intereses católicos. Esta es su más sagrada obligación. La cólera del Omnipotente ha permitido á veces que filósofos y liberales, vestidos del ropaje propio del ministerio santo, prediquen la sublevación y organicen conjuraciones en el seno del consejo mismo de la Iglesia; las diócesis de Europa y de América han presenciado alguna vez estos escándalos; pero el clero de Bogotá previó el mal antes que sucediese y alejó á la Iglesia de Santa Fé de la mayor de las desgracias que podían sobrevenirle.

¿Mas qué pretendía el gobierno llevando las cosas hasta ese extremo? ¿Estaba acaso en sus intereses provocar un cisma que acarrease al país males infinitos y pusiese en peligro la existencia misma del poder que lo quería? No, y mil veces no, porque todo gobierno que ataca lo que la mayoría de sus gobernados respeta, trabaja por su caída y labra su propia ruina. La justicia de Dios es cierto que permite á veces se extienda un velo sobre la vista de gobernantes en quienes quiere castigar su orgullo y soberbia, para que, caídos y convertidos en objeto de ira para el pueblo purguen sus faltas y sirvan de escarmiento á los que se encuentren en sus mismas circunstancias. El gobierno granadino creyó que, llegado el caso, su poder sería suficiente para instituir en las diócesis prelados adictos á sus ideas, y que estos marcharian de acuerdo en el proyecto de pervertir la fe, de hacer



guerra á las creencias, de humillar á la Iglesia y de establecer el imperio del error sobre las ruinas de la religion que enseña la verdad. Mas en el cielo reina quien vela por la vida de la Iglesia, y su mano escribia cuando así pensaban aquellos : « Necios son sus pensamientos y vanas sus astucias; convertiré contra ellos mismos sus proyectos, y la perversidad de su corazon será la espada con que los perseguiré. Caerán oprimidos por el peso de su malicia, sus planes serán despedazados y los pedazos esparcidos como el polvo que conmueve el viento (1). » Ojalá que el convencimiento de esa impotencia del hombre para combatir las obras de Dios, abra los ojos á los que gobernando en la tierra se creen omnipotentes y en nadie reconocen derecho ni poder para resistir á sus mandatos, y ojalá desengañe tambien á los ilusos que buscan patrocinio en la autoridad de los enemigos de la religion, sin advertir que estos los convertirán en instrumentos para realizar sus maquinaciones, los conservarán mientras les sean útiles, y cuando convenga á su interes ó á su politica los arrojarán con el mismo desprecio que al inmundo vestido cuando roto y envejecido no quiere llevarlo su dueño por mas tiempo. Mientras tanto, las intrigas en que intervinieron con injuria de la Iglesia, las doctrinas que esparcieron con vilipendio de su autoridad y ultraje de sus derechos y el convencimiento de los buenos católicos que ven en ellos una de las armas que combaten á la Iglesia, les cubre de ignominia, les presenta delante de sus conci-

(1) Salmos ix y xvii.

«ladanos con el baldon de cismáticos y con su dignidad, su carácter y su augusto ministerio convertidos en medios de combatir no á los enemigos de la causa de Dios, ni á los vicios que degradan la dignidad humana, sino á los enemigos de un gobierno que ataca los intereses del catolicismo.

El metropolitano de Bogotá, agobiado por el peso de sus males, sentia que sus fuerzas le abandonaban y su cuerpo sucumbia. En Marsella conoció que su último momento era llegado é hizo sus preparativos para el viaje á la eternidad. Postrado, casi exánime y rodeado ya en su lecho por las sombras de la muerte, se incorpora y reanima cuando el diocesano le recibe su protestacion de fe. Al concluir esta, alargando su mano que sostenia apénas el báculo pastoral, se lo entrega á aquel prelado diciéndole con voz moribunda : « Tomad mi báculo que quise poner en Roma á los sagrados piés del vicario de Jesucristo de quien lo recibí : mas ya que Dios me llama sin permitirme ese consuelo, lo pongo en vuestras manos; conservadlo, como prenda de mi firme y constante adhesion á la fe católica que profesamos los dos, y por la defensa de cuyos derechos yo muero en el destierro. » Palabras tan bellas que recogió la prensa europea y conservará la historia para edificacion de los católicos y confusion de los cismáticos; palabras tan llenas de sentimientos generosos eran la semilla fecunda que, cayendo en el suelo granadino, haria brotar virtudes en lugar de los vicios, reanimaria el sentimiento católico debilitado por tantos golpes y restituiria á las iglesias la paz que les arrebatava



la injusticia y la ingratitud de sus hijos extraviados. La justicia de Dios habia pedido víctimas, y esas víctimas fueron inmoladas. Un obispo que muere en las playas de Marsella y otro que exhala su postrer aliento en el territorio de Venezuela, ¿no eran acaso las mas hermosas y estimables que pudieran ofrecerse?

« La salud ha venido de nuestros enemigos, » ha repetido mil veces la Iglesia católica cantando sus victorias y narrando sus triunfos, y las diócesis neo-granadinas respiraron con libertad cuando el congreso, rompiendo su fe, despues de haber empobrecido á la Iglesia despojándola de sus bienes, la emancipó, es decir, la dejó sin arbitrios para sostener sus ministros y su culto, negándola su proteccion para el porvenir. Pero esa proteccion para las iglesias de la Nueva Granada equivalia á la dictadura, y por consiguiente, léjos de serle provechosa, le era injuriosa é insoportable. La Iglesia fué abandonada á sus propios arbitrios; sus enemigos la contemplaron moribunda mendigar del gobierno nuevamente su amparo, y saborearon el placer que les causaria imponerla nuevas leyes que la habian de reducir á una esclavitud mas vergonzosa todavia. Pero este caso no llegó, y el triunfo de la Iglesia se realizó por la accion misma de sus enemigos.



## CAPÍTULO XVIII

Reaccion favorable á la Iglesia. — Los obispos gobiernan libremente sus diócesis. — La Santa Sede en posesion de sus derechos para instituir obispos. — Los delegados apostólicos. — Reaccion en los seminarios. — Reaccion en la juventud. — Sociedades católicas. — Reaccion en los estudios eclesiásticos. — El espíritu de caridad se propaga. — Señoras hospitalarias. — Conducta de la prensa socialista á este respecto.

« La Iglesia pide libertad, nada quiere sino esa libertad, y para alcanzarla no ahorrará sacrificios de ningun género por penosos que le sean. » Cuando los obispos de Alemania hacian oír á los soberanos de Europa esta demanda tan justa de los católicos (1), los diocesanos de la Nueva Granada hablaban al gobierno de la república de la misma manera y batallaban por la misma causa, aunque con resultados muy diversos. Allá, bajo gobiernos monárquicos, fué acordado á los obispos un ensanche de libertad, miéntras que en Nueva Granada sus justas reclamaciones fueron llamadas sediciosas, y revolucionarias sus

(1) Año de 1848.